

XIV.

APOLOGÍA.

Borró con el martirio el gran Cipriano
 Sus cartas al Pastor de los Pastores;
 Del santo Hermenegildo los ardores
 Y rebelión, en sangre ahogó el arriano;

De María de Escocia, el inhumano
 Patíbulo, lavó yerros y amores;
 Y con sangriento velo sus errores
 Cubrió el EMPERADOR MAXIMILIANO.

Y si á la Estuardo lloro, ¿quién lo extraña?
 ¿Quién, si mi incienso en los altares arde
 Al mártir de Cartago ó al de España?

¡Dejad que de ensalzar haga hoy alarde
 Al regio mártir! Ya nada lo empaña:
 ¿Quién su memoria insultará cobarde?



VARIOS.



Ni pido gloria, ni riquezas quiero,
Ni dominar imperios ambiciono;
Morir desdeño en elevado trono
Llorado del magnate y del guerrero:

Negra sotana al esplendor prefiero;
Del poderoso anhelo el abandono:
Luchar deseo con el rudo encono
De hereje altivo y ateiſta fiero.

Quiero buscar del bárbaro un asilo
En medio de selvático follaje;
Vivir allí entre afanes y sudores:

Hambre sufrir y desnudez tranquilo,
Y á manos del indómito salvaje
Morir, en fin, con hórridos dolores.



ADIÓS Á MI CIUDAD NATAL.

Cava, infelice, tus avaras minas,
Cubierta siempre de ansiedad y espanto,
Y con sudor y codicioso llanto
El oro riega que afanosa hacinas.

Del Arno yo á las márgenes divinas
Mi dulce lira pulsaré entretanto,
Ó solitario elevaré mi canto
De Roma entre las plácidas rüinas.

A ti tal vez potente foragido
Te arrancará tu espléndido tesoro
Y dejará tu suelo enrojecido.

Yo viviré sin conocer el lloro,
Ni en su furor codiciará el bandido
Mi pobre canto y mi rabel sonoro.

VUELTA AL HOGAR PATERNO.

¡Cómo sufrió mi corazón ausente!
¡Cómo de gozo férvido palpita
Hora que ya mi planta te visita,
Bello lugar de mi niñez riente!

¡Tu prado, qué magnífico! Esa fuente
Que el céfiro gentil süave agita,
¡Cuántos recuerdos en mi mente excita;
Cuántas heridas abre juntamente!

Así, tan puro, su cristal corría
Cuando á la luz de la callada luna
Mi madre sus canciones repetía.

El arroyuelo, el fresno, la laguna,
Todos se muestran á la vista mía:
Sólo mi madre..... ¡oh pérfida fortuna!

ADIÓS AL MARAÑÓN.

Antes que en brazos del destino impío,
Y desafiando al huracán y al trueno,
Prestados lares en hogar ajeno
Busque á través del piélago bravío,

Recibe, oh claro y cristalino río
Que te deslizas á mis pies sereno,
Recibe grato en tu paterno seno
(Ofrenda postrimera) el llanto mío.

Y no te asombre, oh Marañón, si ahora
Mi corazón agita pena extraña
Y el varón fuerte en tu ribera llora.

Sabe que tu corriente mansa baña
La dulce casa do mi padre mora:
Por eso el llanto mi pupila empaña.

EN LA MUERTE DE MI PADRE.

I.

No me fué dado ni cerrar sus ojos,
Ni recoger su postrimer aliento,
Ni acompañar al triste monumento
De mi adorado padre los despojos;

Extraño sacerdote oró de hinojos
Ante su lecho en el fatal momento,
Mientras á Europa me llevaba el viento
De alto deber, no fútiles antojos:

Y cuando me alejaba amarga ausencia
De mi afligido hogar, hirió con saña
Su cansada cerviz letal dolencia.

¡Ah! ¿Por qué de la muerte la guadaña
No detuvo ¡oh Señor! tu omnipotencia
Mientras tornaba á mi natal montaña?

II.

De frescas flores su funérea losa
Si con guirnaldas á adornar no llego,
Ni las adelfas diligente riego
Que mano fraternal plantó en su fosa;

Mi unguida mano esfuérase piadosa
Del Purgatorio en mitigar el fuego,
Con el agua lustral, y con el ruego
Que hace á Jesús su Inmaculada Esposa.

Rosas de salmos, blancos azahares
De mortificación, rojos claveles
De actos de caridad traigo á millares.

¡Angeles del Señor! Recoged fieles
Las flores que coloco en sus altares
Entre ciprés y místicos laureles.

III.

No solo yo su pérdida deploro,
Ni solo el familiar círculo estrecho;
En derredor del mortuorio lecho
Vertió de la orfandad el triste lloro.

Oid cuál gime agradecido coro
De pobres mil y mil, cuyo derecho
Hizo triunfar con indomable pecho
Quien gloria fué del mejicano foro.

Al ver lucir la funeraria tea
Mirada de inquietud en torno lanza
Desde su templo solitario Astrea:

El manto rasga, rompe la balanza,
La cabellera mesa, el rostro afea;
Que á la virgen también mi luto alcanza.

IV.

Dos eran mis amores en el mundo:
Ajeno al brillo, sordo á los placeres,
Mi afecto concentrábase en dos seres:
Mortal el uno, espíritu el segundo.

Hirió á mi padre el golpe furibundo
De la implacable Parca: tú no mueres,
¡Angel Custodio! y desde entonces eres
Único sér en quien mi dicha fundo.

Mirarte no me es dado; mas yo siento
Que velas tú por mí. ¿Son ilusiones?
Aun me parece respirar tu aliento.

¡Oh centro de mis puras afecciones!
Mientras yo vivo, á tu celeste asiento
No pretendas volar. ¡No me abandones!

Á UN GLOBO AEROSTÁTICO.

¡Símbolo fiel de la fortuna mía,
Oh de frágil papel gigante globo!
Al mirarte ascender, en dulce arrobo
Mi atribulada mente se extasía.

Así entre flores empecé yo un día,
Cual tú al abrigo del laurel y el pobo,
Á inflarme y subir; y en vano el lobo
En desgarrarme se empeñó á porffa.

Alzarme hasta las nubes quise luego;
Y cuando en alto me juzgaba el mundo,
¡Ay! se extinguió de súbito mi fuego.

Caí precipitado en lo profundo;
Y con el llanto amargo en que me anego,
El monte, el llano y la pradera inundo.

EL ÁNGEL DE LA FORTALEZA.

Me derrocó el Señor en su justicia,
Como al antiguo Job, de mi alto asiento;
Y me tornó en oprobio en un momento
Del pueblo de que fuera honra y delicia.

Me sumergió del mundo la malicia
En piélago fatal de hondo tormento;
Y, presa de profundo desaliento,
Perdido me juzgaba en mi impericia.

Un ángel me tendió la fuerte diestra,
Y volviendo hacia mí su dulce rostro,
Me hizo triunfar de nuevo en la palestra.

¡Espíritu! á tus plantas yo me postro;
De amor, de gratitud, pide una muestra;
Por mi ángel salvador todo lo arrostro.

LA ESTRELLA DEL MAR.

Abrasador el sol, lejos la orilla,
Boga mi nave por el mar de Atlante,
Y el Ángel de la Muerte va delante
Con rojo alfanje, que desnudo brilla.

Lo esgrime vengador; y la amarilla
Asoladora fiebre, en un instante
Al marinero audaz y al caminante
Sepulta sin piedad bajo la quilla.

La gente en balde por socorro clama:
Salir en vano del bajel pretendo,
Y huir del fuego que tenaz me inflama.

Las manos con fervor al Cielo tiendo,
Y la ESTRELLA DEL MAR su luz derrama,
Y huye á su vista el Querubín tremendo.

FALLAX EQUUS AD SALUTEM.

¡Señor! Tan sólo en tu socorro fio
Para las duras marchas y campañas
Que por desiertos y ásperas montañas
En bien emprendo del rebaño mío.

Ni el invierno me arredra ni el estío;
Por tierras propias voy y por extrañas;
Pero si Tú, buen Dios, no me acompañas,
Es vano mi valor, vano mi brío.

¿Qué me sirvió mi fuerza y lozanía?
Cual flor que el viento arranca de su tallo
Dolencia aguda me abatió en un día.

¿Qué me valió mi indómito caballo?
Cayó al cruzar agreste serranía,
Y por tierra con él postrado me hallo.

MAGDALENA.

I.

Donceles mil de plácidas maneras,
De heroico porte y de gallardo brío,
El que te vió nacer, fecundo río
Produce en ambas fértiles riberas.

Habla, y la mano te dará quien quieras.
¿Qué no podrá tu garbo y señorío?
Mas no perturbes al esposo mío,
Ni por quien tuyo no es, de amores mueras.

Mira en su dedo, oh niña, la sortija,
De la jurada fe místico sello:
A otro amador tu corazón elija.

¡Ay si á tocar te atreves ni un cabello!
¡Ay si en su rostro tu mirar se fija!
Súbita muerte segará tu cuello.

II.

¡Blanca paloma, que de amor sedienta
Rompiste el nido, y desviando el vuelo
Senda fatal te abriste sin recelo
Por aire impuro, que áspides alienta!

Cuando empezabas á gozar contenta
Del dulce objeto de tu infando anhelo,
Te derribó sin vida por el suelo
De fiero cazador flecha sangrienta.

¡Tórtolas que saltáis de rama en rama,
Presto bajad! ¡Venid, oh mariposas,
Que en torno revoláis de ardiente llama!

Ved el cadáver, y aprended llorosas
Que muerte y perdición Amor derrama
En quien suspira por ajenas rosas.

III.

No oréis por ella, oh niñas. ¿Qué aprovecha
Verter, do ya no está, funéreo llanto,
Si el alma á la mansión de eterno espanto,
De su cuerpo al salir, bajó derecha?

Madre infeliz, que en lágrimas deshecha
La tumba riegas de quien fué tu encanto,
¿Por qué en su corazón, de amor no santo
Entrar dejaste la homicida flecha?

Mancebo que al hechizo no supiste
Huir de su mirada seductora,
Luto por ella no, cilicio viste.

Y tú, infernal ministro, que en malhora
Unión vedada sancionaste triste,
Su muerte no, tu propio crimen llora.

IV.

¡Aun es hermosa! Cual de mármol Pario
Se ve á la luz de osciladora tea,
Y de su cuerpo la esbeltez no afea
El que la envuelve, fúnebre sudario.

¡Callad, profanos! Ved que el incensario
Ante el altar propiciador humea,
Y que al cristiano féretro rodea
La augusta majestad del santuario.

Al precioso ataúd en torno moja
Agua lustral, y fervorosas preces
Mitigan de los deudos la congoja.

Tu fe proclama, oh niña, que mereces
Perdón. Llanto oportuno desenoja
A Dios, aunque ofendido muchas veces.

Á UN GENERAL.

Sigue blandiendo tu brillante acero,
Del malvado terror, gloria del justo,
Con ese brazo intrépido y robusto,
Del asesino espanto y del guerrero.

Blándelo, sí; mas no de Marte fiero
El bélico fragor é infando susto
A la mansión de paz llevas adusto,
Ni del rebelde huelles el sendero.

Sírvate sólo tu gloriosa espada
Para guardar los plácidos hogares
De la ciudad á ti y á mí confiada.

Y el que anudaron los paternos lares,
Vínculo dulce de amistad sagrada,
Al arrullo estrechemos de los mares.